

La transformación de los mercados laborales locales en la caficultura colombiana

Sutti Ortiz
BOSTON UNIVERSITY

RESUMEN

La escasez de trabajadores para la cosecha del café ha sido un problema serio durante toda la historia de esa industria. Inicialmente, el problema fue resuelto ofreciendo contratos de mediería o arriendo. Tensiones entre propietarios y medieros o arrendatarios llevaron a la expulsión de los mismos y su sustitución por asalariados que vivían en la localidad. Los productores cafeteros siguen dependiendo de una fuente de trabajadores localizados. Durante periodos de expansión han preferido pagar tasas más altas para atraer primero a todos los trabajadores de la región, incluyendo a los trabajadores urbanos. Esta estrategia ha consolidado la localización de los mercados laborales y contrasta con la usada por agricultores en otras regiones de las Américas.

SUMMARY

The shortage of labor for the harvest of coffee has been an endemic problem throughout the history of this industry. In the past century, it was resolved by attracting laborers through sharecrop and land leasing contracts. Although tensions and social movements led to the eventual demise of these contacts, this labor recruiting strategy helped to consolidate a localization of labor markets. Coffee production has continued to rely mostly on a localized labor force. During years of expansion farmers prefer to offer higher piece rate payments in order to attract first the local urban resident and only as a last resort to attract some laborers from neighboring regions. This strategy contrasts with that of farmers elsewhere in the Americas.

Cuando el cultivo del café llegó a cubrir las laderas andinas centrales colombianas, cambió totalmente las economías de regiones fronterizas que se dinamizaron y sirvieron para atraer trabajadores y campesinos que se asentaron en pueblitos y fincas. Cada una de ellas sufrió con los altibajos del mercado del grano, perdiendo población y capital durante periodos de bajo precio y recuperándose en etapas de bonanza. Pero durante periodos estables, cada región lograba mantener la mayor parte de los trabajadores requeridos para la caficultura, haciendo uso también de los familiares de los mismos para recoger la cosecha. Sin embargo, rara vez lograban los productores no tener que atraer a foráneos para ayudarles a recoger el grano; estos venían por poco tiempo y representaban sólo un pequeño porcentaje de la mano de obra contratada. El café, por

lo tanto, no sólo creó economías regionales con ciclos y características que reflejaban las condiciones del mercado y del ciclo vital del grano; también creó mercados laborales regionales estructurados por las condiciones económicas, sociales y políticas locales. Aunque mucho ha cambiado durante los cien años durante los cuales la región andina central colombiana ha producido café, la fragmentación espacial del mercado laboral continúa.

La economía cafetera Colombiana sirve de ejemplo para ilustrar una realidad frecuentemente olvidada: que los mercados laborales no son procesos abstractos sino instituciones que facilitan, regulan y estructuran los intercambios entre actores. Estas instituciones están concretadas dentro de un espacio social y un espacio geográfico, los cuales imprimen sus características en los procesos de regulación del mercado. En algunos casos, el espacio geográfico en el que se juega la compra y venta es amplio, es decir que comprador y vendedor se movilizan libremente a través de un vasto territorio en busca del mejor contrato. Pero en muchos otros casos estos espacios están delimitados no sólo por altos costos de movilización sino también por reglas sociales que determinan dónde se puede ir a buscar un contrato y quiénes pueden entrar en el espacio social donde el intercambio se realiza. Es importante reconocer este proceso histórico para luego poder analizar a fondo no sólo las variaciones en las formas de contratación y administración de la mano de obra en las fincas cafeteras Colombianas modernas sino también la

reciente paulatina urbanización del proletariado agrícola.

LA COLONIZACIÓN CAFETERA Y LA OFERTA LABORAL

Cuando entre 1880–1890, hacendados, empresarios y campesinos comenzaron a plantar café en las regiones fronterizas de Antioquia, la producción cafetera ya estaba bien establecida en las montañas orientales colombianas. En 1887, el café representaba el 40% de las exportaciones colombianas (Palacios 1983:70). Aún con mercados asegurados, los productores tenían que afrontar inversiones altas y costosas a largo plazo. Se necesitaba una mano de obra abundante para abrir los bosques y plantar café, y luego una espera de tres años para recoger el primer pepeo que no llegaría a su máximo hasta los seis años. A esto se sumaba la necesidad de invertir en construcciones apropiadas para secar el café y costos increíbles para transportarlo a los puertos de embarque. Era, pues, necesario obtener acceso a crédito y mano de obra barata. De acuerdo a Palacios (1983), los grandes productores resolvieron el problema del crédito hipotecando fincas y con la venta a futuro a casas comisionistas extranjeras. El acceso a mano de obra barata era más problemático ya que en las regiones de colonización no existían poblaciones grandes que pudieran proveer trabajadores. ¿Cómo se las arreglaron, entonces, para encontrarlos sin tener que ofrecer jornales altos?

En lugar de movilizar trabajadores a través del enganche, como en la

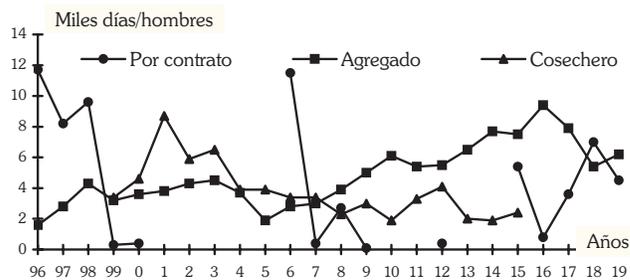
producción de café en Guatemala, o de la importación de inmigrantes asiáticos, como en en Perú y California, los empresarios cafeteros estimularon el asentamiento de campesinos en la región y manipularon su participación en el mercado laboral. Numerosos historiadores (Parsons 1968; Machado 1977; Arango 1981; Palacios 1983; Bergquist 1986) nos presentan una visión clara de este complejo proceso y del rol que jugaron en él los empresarios, los hacendados y las autoridades. En una primera etapa, hacendados, comerciantes y constructores estimularon las migraciones facilitando crédito y trabajo en los caminos que se estaban abriendo para la exportación del café. Campesinos de la zona minifundista de Antioquia, y eventualmente de Boyacá y Cundinamarca, artesanos desplazados por la importación de productos baratos de Europa, comenzaron a asentarse en las abundantes tierras baldías de la región cerca de caminos, ríos y vías ferroviarias. Abrían de una a dos hectáreas de selva por año hasta llegar a las 10–30 hectáreas, las que eran plantadas primero con maíz, porotos y caña de azúcar para uso y venta. Sobrevivían de la venta de estos productos y de la cría de cerdos. Cuando las cosechas comenzaban a mermar las reemplazaban con matas de café (Parson 1968:141). Algunos campesinos se especializaron en plantar sólo café, vendiendo luego las *plantaciones* a hacendados colindantes (Deas 1977). El problema era que no muchos se especializaban en el establecimiento de cafetales y que si bien otros, al principio, se ofrecían como trabajadores en las haciendas cerca-

nas, una vez establecidos sus cultivos comerciales preferían concentrar sus esfuerzos en sus propias plantaciones. De modo que el asentamiento de campesinos no resolvió el problema laboral de los hacendados. La oferta local fue más bien escasa y los hacendados se quejaban constantemente de falta de trabajadores (Palacios 1983; Deas 1977). Frente a este problema, adoptaron dos estrategias claves que sirvieron para estimular y controlar la oferta.

En primer lugar, para asegurarse a probables inmigrantes, los hacendados ofrecieron contratos a medianía o, más frecuentemente, contratos como residentes con acceso a tierras donde podían plantar cultivos temporarios para subsistencia y venta, a cambio de aproximadamente 150 días anuales de trabajo pago en la

hacienda (Palacios 1983:217). Campesinos destituidos de tierras favorecían estos contratos, ya que los veían como una alternativa al trabajo asalariado inestable. De esta forma los hacendados se aseguraban, teóricamente, una mano de obra residente y disponible. El problema fue que no siempre podían contar con los servicios de estos trabajadores y de los miembros de sus familias en momentos de apuro. En realidad, les tocó recurrir también a trabajadores pagados al día o, durante la cosecha, por cantidad de café recogido. Palacios (1983) y Ortiz (1989) examinan la participación de varios tipos de trabajadores en una hacienda cafetera en Antioquia durante las primeras décadas de este siglo. Como lo indica el gráfico adjunto, durante algunos años gran parte del trabajo no fue llevado a

Grafico N° 1: Demanda total de trabajadores por tipo de contrato en una hacienda cafetera, Jonas, en Antioquia. 1896-1919



Basado en los datos recogidos por Marcos Palacios. *Días/hombres* representa total jornales anuales. *Agregados* viven en la finca y deben trabajar cierto número de días a cambio de tierra para cultivar. *Cosecheros* pueden ser familiares de agregados o jornaleros no residentes. La finca se encarga de darles comida cuando cosechan. El número de cosecheros no corresponde a la cantidad de café recogido; agregados o jornaleros por contratador también recogen café. Este último no es ni alimentado, ni supervisado por el personal de la finca.

cabo por los trabajadores atados a la hacienda, sino por contratistas o trabajadores contratados al día (Gráfico N° 1).

La segunda estrategia desarrollada por los hacendados es una extensión de la primera pero con orígenes represivos; consistió en la compra y reclamo de tierras que, si bien no tenían propietarios legales, estaban ocupadas por colonos. De esta manera, los hacendados se apropiaban no sólo de las tierras sino también de los cafetales establecidos y se aseguraban terrazgueros, si los colonos no se les escapaban. Esta segunda estrategia requirió de la cooperación de las autoridades, lo cual resultó posible porque Colombia entraba en un periodo de crisis fiscal. La venta de "baldíos" benefició los cofres del gobierno y a aquellos hacendados y empresarios con plata y con deseos de invertir en la producción de café (Le Grande 1984, 1992). A los campesinos, sin dinero para obtener títulos de colonización, no les quedaba más remedio que convertirse en terrazgueros, volver a colonizar nuevos bosques o enfrentarse con los nuevos dueños (Palacios 1983:332). Al principio las protestas se manifestaron con peticiones, luego organizándose en ligas campesinas y finalmente en forma violenta; hay varios estudios detallados sobre los conflictos en las zonas cafeteras y no quiero repetir lo ya se ha dicho (Sánchez 1977; Jiménez 1981; Palacios 1983; Fajardo 1983; Bergquist 1986). El punto significativo es que, en muchas de las zonas cafeteras, los campesinos se reposesionaron de sus tierras y que los hacendados percibie-

ron que los contratos de terraje eran más bien riesgosos, sobre todo cuando fueron aprobadas nuevas leyes para calmar los conflictos rurales. Algunos de los hacendados comenzaron a manejar las haciendas con peones en lugar de "agregados" mientras otros se desprendieron de muchas de sus tierras. En 1955, 30.3% del café producido en Colombia viene de fincas con 10 a 50 hectáreas, 63.2% viene de plantaciones mas pequeñas y sólo el 6.5% de plantaciones de más de 50 hectáreas (CEPAL/FAO 1962). Hacia 1940, las fincas cafeteras son trabajadas casi exclusivamente con mano de obra asalariada que reside localmente. Para ese entonces el balance demográfico había cambiado y la oferta de mano de obra se había equilibrado.

Espero que éste resumen al vuelo de un periodo complejo y tumultuoso en la historia de la economía del café en la zona central de Colombia sirva para ilustrar el origen de la regionalización del mercado laboral: la inmigración de campesinos, su incorporación en las haciendas cafeteras y, finalmente, su liberación de contratos penosos. A esto debemos agregar que, en el espíritu de colonización, los migrantes campesinos y empresarios que vinieron a Antioquia y Caldas, no sólo crearon cafetales sino también una cultura con un fuerte carácter regional. El Paisa y el Caldense bosquejan su identidad en la forma en que se visten, que comen, y que construyen sus edificios. Y si bien muchas de estas manifestaciones han perdido su vitalidad en la vida diaria, el sentido de identificación regional sigue siendo fuerte. El residente rural en el Gran

Caldas ya no busca su porvenir deambulando al azar sino explorando minuciosamente las oportunidades regionales y migrando sólo cuando no las encuentra. Por lo general, el trabajador rural en esta región busca trabajo visitando fincas dentro de la región cafetera. "Café es lo que sé trabajar y estoy acostumbrado"; ni siquiera explora diferencias de pago en otras municipalidades regionales. Sólo sale a otros lugares cuando lo necesita y no encuentra empleo.

Lamentablemente, dados los altibajos del café y de la política colombiana, les tocó a campesinos y propietarios salirse con frecuencia de la región. Eso no significó la destrucción de culturas locales ni de la regionalización de la oferta laboral sino la contracción demográfica y de oferta durante ciertos periodos nefastos en la historia de la región central de Colombia. Por ejemplo, durante la década de 1940, el precio del café se mantuvo deprimido y cuando los propietarios comenzaron reponerse de sus deudas lo suficiente como para volver a renovar las plantaciones, esta área de Colombia quedó envuelta en las convulsiones de la Violencia. La población emigró en gran masa, en busca de trabajo o de seguridad. El Gran Caldas no volvió a retener su población rural laboral hasta 1970 cuando comienza la bonanza cafetera.

LA BONANZA Y LA MANO DE OBRA EN LOS CAFETALES

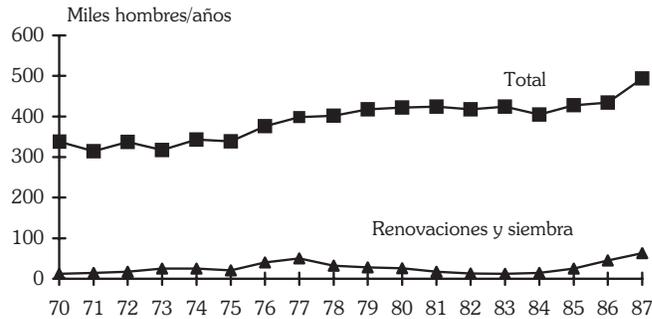
La bonanza cafetera fue el resultado de la confluencia de dos acontecimientos no relacionados: la intro-

ducción de una nueva tecnología agraria y una fuerte alza de precios en el mercado internacional.

La Federación de Cafeteros, una organización semi-estatal con vastos recursos financieros y fuerte estructura de servicios al caficultor, puso en pie una campaña para modernizar la caficultura colombiana. Consistió en un paquete de innovaciones agrotecnológicas que incluía una nueva variedad de arbusto con rendimientos mucho más altos y tempranos (una buena cosecha con sólo 3 años de espera) si se plantaban al sol y se abonaban con frecuencia. Si a esto se agrega que se recomendaban plantaciones cuatro veces más densas que con arábigo a la sombra, se comienza a apreciar que el rendimiento por hectárea prometía ser mucho más alto. De un rendimiento de 300 a 600 kilos por hectárea que se obtenía con café a la sombra se prometía un rendimiento de 3000 kilos por hectárea. El objeto de las recomendaciones propuestas fue estimular la producción de café para la exportación sin tener que aumentar el área en este cultivo. Pero cuando los precios aumentaron, los cafeteros no sólo comenzaron a renovar las plantaciones existentes sino también incorporar otras tierras a la producción de café. En la zona central de Colombia, el área plantada con café aumentó en un 9.8% entre 1970 y 1985. La producción total nacional aumentó de 7.8 millones de sacos en 1970 a 13.04 millones en 1980.

El resultado fue que la demanda de mano de obra también aumentó astronómicamente (Gráfico N°2). Al principio, el aumento de la demanda se reflejó en un número mayor de tra-

Grafico N° 2: Demanda laboral en la caficultura Colombiana. 1970–1987



Basado en Errázuriz (1989, cuadro N° 14), escenario C y redondeado a miles de hombres.

Renovaciones y siembras incluye expansión de cafetales. *Total* incluye labores de sostenimiento, cosecha, renovaciones y siembras.

bajadores permanentes que fueron contratados para renovar las plantaciones. La emigración de gente joven comenzó a decaer y muchas familias regresaron a la región. A los tres años de haberse iniciado las renovaciones, cuando las matas comienzan a producir, la demanda de cosecheros también aumenta, pero no es un aumento que sirva para retener a la población ya que es una demanda estacional de octubre a enero. El número de empleos requeridos en 1985, a nivel nacional, para la mantención y renovación de cafetales fue 75% más alto que los requeridos en 1970. El aumento en el número de cosecheros fue menos impresionante porque el trabajo rinde más en las plantaciones modernizadas; se necesitó sólo entre un 20 y un 27% más de hombres. Así mismo, el aumento sobrepasó la oferta local robustecida. Es decir que la bonanza ayudó a consolidar la demanda local de trabajadores durante

todo el año y, por lo tanto, ayudó a retener a la población joven y a atraer familias que habían migrado sin suerte a otras regiones. Pero no logró disminuir la necesidad de atraer foráneos durante la cosecha (Gráfico N° 2).

Cuando, en 1975, Fernando Urrea (1976) llevó a cabo una encuesta, a nivel nacional, de los cosecheros que trabajaban en haciendas cafeteras lo suficientemente grandes como para tener que contratar trabajadores, encontró que, a pesar de que las municipalidades habían aumentado en población y que las fincas cafeteras empleaban mucho más personal, aún tenían que atraer gran cantidad de trabajadores de otras partes. El 40% de los cosecheros eran inmigrantes. Muchos de ellos (71.3% del total de migrantes) eran trabajadores golondrinas que se movilizaban de una cosecha cafetera a otra, hasta que no les quedaba más remedio que trabajar en

cosechas de arroz y algodón para poder estar ocupados la mayor parte del año. Lo importante es que, a pesar de ser golondrinas, se especializaban en la producción y cosecha del café. El resto de los cosecheros no residentes (28.7% de los migrantes) vivían en una municipalidad cercana pero no necesariamente colindante, donde trabajaban la mayor parte del tiempo, saliendo sólo una vez al año a recoger café, por unas semanas o un mes, para luego regresar. A pesar del gran peso del trabajador golondrina en la cosecha de 1975–1976, Urrea, con razón, especuló que la demanda más regularizada durante todo el año contribuiría al asentamiento del trabajador.

En 1985, cuando la bonanza se termina y la expansión se completa, la proporción de cosecheros golondrinas decae mientras que aumenta el número de cosecheros que salen por corto tiempo, una sola vez al año, de la municipalidad donde residen. En una encuesta que llevé a cabo con la colaboración de María Errázuriz en una de las zonas que estudió Urrea (incluso en una de las municipalidades que él encuestó), pudimos determinar que la proporción de golondrinas dentro del grupo de cosecheros migrantes había decaído de un 71.3% a un 23.9%. Es una disminución impresionante, ya que el monto de café a cosechar había aumentado y por lo tanto también la necesidad de atraer más migrantes —la proporción de migrantes había aumentado en un 10% de 1975 a 1986—. Los nuevos migrantes eran hombres jóvenes, en su mayor parte solteros, que trabajaban la mayor parte del año en la municipali-

dad donde residían y salían sólo una vez al año y por corto tiempo a trabajar en un alguna otra municipalidad. El 60% de ellos había residido toda su vida en la municipalidad desde donde venían y otro 20% había residido en ellas por lo menos 5 años. En contrapartida, una pequeña proporción de los trabajadores (22% en nuestra encuesta) salían a otras municipalidades a recoger café. Eso es justo lo que había predicho Urrea: que la tecnificación del café, con una demanda más regular, ayudaría al trabajador a radicarse en una zona cafetera. Mi hipótesis, argumentada desde una perspectiva histórica, es que lo que vio Urrea fue un momento de reajuste después de un largo periodo de desempleo en la caficultura. Al comenzar la bonanza se necesitaron muchos más brazos en cada etapa del proceso productivo, lo que benefició a los que residían localmente. Efectivamente, el trabajador que antes salía a varias cosechas ya no tenía necesidad de hacerlo, podía asentarse en uno de los lugares por donde antes deambulaba, trabajar en la manutención de plantaciones locales más extensas y salir con mucha menos frecuencia.

UN MODELO DEL MERCADO LABORAL CAFETERO

La mejor forma de conceptualizar al mercado laboral cafetero es como un mercado fragmentado geográficamente en pequeños mercados locales. Cada uno de ellos es autónomo durante los nueve meses del año durante los cuales se realiza la mayor parte de las tareas, como la manutención y

renovación de cafetales y la recolección del café que madura fuera de la temporada de alta cosecha. Estas tareas representaron el 71% de los hombres-días contratados en una finca cafetera grande y moderna en una de las municipalidades estudiadas durante el ciclo anual de 1985-1986. Errázuriz calculó que, a nivel nacional, el 61% de la mano de obra anual fue utilizada en labores de mantenimiento. Es decir que entre el 60 y el 71% del trabajo en las fincas cafeteras se desarrolla cuando no hay trabajadores foráneos en las fincas; ellos sólo aparecen durante la alta cosecha y entonces representan la mitad del personal contratado. Aunque la presencia de los migrantes es impresionante entre los meses de octubre y diciembre, dentro del marco total de la demanda laboral ellos sólo constituyen entre el 15 y el 20% del trabajo requerido.

La apertura del mercado a una oferta de voluntarios foráneos durante la cosecha no niega, pues, el carácter fundamentalmente local de la misma. Es decir que el proceso de oferta y demanda, como instrumento que estructura el mercado laboral, opera no a nivel nacional sino a nivel local durante la mayor parte del año y a nivel regional sólo durante la cosecha. Además, la regionalización no se define de forma puramente cartográfica por los costos de transporte sino fundamentalmente por las trayectorias creadas por las redes de lazos sociales interfamiliares.

Este esquema representó la situación laboral en las haciendas y fincas cafeteras de la zona central durante las primeras décadas de este siglo.

Los trabajadores asentados en las haciendas eran quienes, con la ayuda de sus familiares y de otros trabajadores contratados localmente, recogían el café –la única duda es la falta de información sobre la procedencia de los trabajadores traídos por contratistas, que en algunos años predominan en algunas haciendas (Ortiz 1989)–. Ya para el periodo 1950-1960 es difícil determinar si la mayor parte de los trabajadores cafeteros sigue residiendo localmente; no hay para estos años ningún estudio detallado. Dado que muchas de las regiones cafeteras fueron fuertemente azotadas por la violencia es muy probable que la fuerza laboral haya sido mas inestable.

Sin embargo, la fragmentación o bien se mantiene o se renueva en la década de 1970. En un estudio sobre los salarios en la caficultura colombiana, Errázuriz (1989) descubrió variaciones significativas de municipalidad a municipalidad para 1977. En la zona central, en el 32% de las municipalidades predominantemente caficultoras se pagaban salarios menores al promedio anual para la zona y la desviación media representaba el 21% del salario medio. En 1985 había más municipalidades ya tecnificadas y con alta demanda laboral, por lo tanto en muchas más de ellas (79%) se comenzaba a pagar el salario promedio, pero las variaciones seguían siendo significativas. En el 14% de las municipalidades cafeteras de la zona se pagaban salarios 18% más bajos que el medio y en 7% se pagaban salarios 53% más altos que el medio. Eso se debe a que el nivel del salario depende no sólo de variacio-

nes demográficas de mercado local a mercado local dentro de la zona central, sino también a variaciones en el costo de la canasta de alimentos en cada una de las localidad (Errázuriz 1989).

Cuando, como propongo en un párrafo anterior, los mercados locales se abren para atraer los trabajadores extras que se necesitan para la cosecha, esta apertura está delineada por relaciones de parentesco y rutas de migración establecidas en un pasado. Si uno pregunta de dónde vienen a cosechar, la lista de lugares nombrados es siempre la misma y todos son municipios cafeteros con cosechas un poco más tempranas o tardías. Si uno pregunta a los trabajadores por qué van a un cierto lugar, contestan o bien porque siempre lo han hecho, o porque tienen parientes o van con amigos. Un tercio de los cosecheros migrantes encuestados en 1985, que habían vivido en más de una municipalidad, volvieron al lugar de residencia anterior para cosechar.

El concepto de mercado laboral como un proceso de intercambio que está localizado en un espacio geográfico y estructurado por costos de movilización, flujos de información y relaciones sociales, es clave para un análisis económico mas completo. Sólo entonces podemos establecer el nivel de la posible oferta y analizar su comportamiento, lo cual nos permite dejar de lado la presunción neoclásica engorrosa de movilidad laboral perfecta y elasticidad de la oferta (Horan and Tolbert 1984). El trabajador agrícola cafetero prefiere quedarse en su casa, viaja a otros lugares porque lo necesita y no porque los salarios sean

más altos. Por su lado, los productores de café prefieren contratar a personal que reside localmente, ya sea trabajadores agrícolas o en otros sectores, y sólo acuden a otros cuando la oferta local es insuficiente; prefieren no abaratar la mano de obra enganchando a grupos más vulnerables, pues al migrante hay que alojarlo y darle de comer, lo que resulta engoroso. Las peleas en los galpones que están dentro de la misma finca, la presencia de drogas y los robos entre trabajadores son problemas difíciles de manejar. Ya los mayordomos y administradores se sienten demasiado "acosados" durante la cosecha como para tener que contratar más migrantes de lo que absolutamente necesitan. Prefieren, en cambio, contrarrestar los salarios que tienen que ofrecer durante la cosecha para atraer a todos los residente, con salarios muy bajos durante el periodo de manutención de los cafetales.

La conceptualización de los mercados como procesos locales también implica que el proceso laboral y los contratos laborales están determinados no sólo por la demografía de la oferta sino también por las condiciones sociales y políticas locales. Cada trabajador trae al espacio local su identidad social y cultural. Esa identidad confronta con la identidad de quien intenta contratarlo. Esas dos realidades, así como el balance del poder social y económico de cada uno de ellos, determina cómo se negocia el contrato y qué tipo de remuneración recibe el trabajador (Ortiz, en prensa; Peck 1996, Wells 1996). Hanson (1992) agrega, además, que las condiciones de reproducción de

los trabajadores también estructuran los intercambios laborales; por lo tanto, el lugar de reproducción debe estar incluido dentro del marco del mercado local. Estos estudiosos no conceptualizan la localización de los mercados simplemente como territorios concretos y delimitados geográficamente sino como modelos teóricos que pueden ser expresados como configuraciones geográficas.

Por supuesto que no todos los mercados agrícolas están localizados. Muchas de las cosechas en los Estados Unidos están recogidas por migrantes golondrinas. Pero vale la pena recalcar la localización de ciertos mercados pues poca atención se ha dado al hecho. Los únicos economistas que mencionan mercados laborales localizados, a los que llaman fragmentados, que yo sepa, son Bardhan y Rudra (1979) en Bengala y Rao para la India en general (1988). Sin embargo, otros estudiosos han indicado que: en Inglaterra el patrón conoce al trabajador antes de contratarlo (Newby et al. 1978:156), la mayoría de los trabajadores agrícolas en California viven en la misma municipalidad en la que trabajan (Barnett et al. 1978:21), en la producción de tabaco en el sur de los Estados Unidos el trabajador vive cerca de donde trabaja (Barlett 1986). De acuerdo a Griffith (1993: 226), el 60% del trabajo en las fincas de frutillas en California esta en manos de trabajadores locales. Mann (1990) ha sugerido que los productores de cosechas con un ciclo vital que es más largo que el ciclo productivo y con vaivenes grandes en la demanda anual de trabajadores, son los que dependen de trabajadores golondrinas que

proviene de grupos minoritarios. Lamentablemente, sólo los productores de café en Guatemala y quien sabe en Brasil, son los que se atienen a dicho sistema de reclutamiento. Como hemos visto, en Colombia el sistema de contratación ha generado mercados fragmentados y una migración circular bien estructurada de trabajadores asentados. Deberíamos, pues, examinar en forma comparativa cuáles son los productos y las condiciones políticas-económicas-sociales que generan mercados localizados, o bien mercados nacionales, o bien mercados estructurados por contratistas.

LA URBANIZACIÓN DE LA MANO DE OBRA

En un artículo reciente, de Janvry, Sadoulet y Young (1989) argumentaron que los mercados laborales rurales en América Latina se habían integrado a los mercados laborales urbanos; es decir que el trabajo en las fincas y haciendas ahora quedaba en manos de proletarios que viven en los pueblos y ciudades. Estos estudiosos explican este fenómeno con argumentos sobre la desintegración del campesinado en América Latina en los últimos diez años.

Algo parecido ha pasado en las regiones cafeteras Colombianas, aunque es más probable que sea un reflejo de una emigración rural con orígenes complejos. La realidad ineludible es que gran número de trabajadores en fincas cafeteras cerca de pueblos y ciudades ya no viven en la zona rural sino en la zona urbana. Cuando, en

1987, Hataya (1992) realizó una encuesta laboral en barrios de trabajadores en las ciudades de Manizales y Chinchina, que quedan en el Departamento colindante al de nuestra encuesta, descubrió que en el 12.2% de las familias urbanas encuestadas todos los miembros trabajaban en fincas cafeteras y que en otro 29.8% al menos un miembro de la familia lo hacía. El porcentaje de trabajadores "urbanizados" es aún más dramático en la época de cosecha. En 1985, el 48% de los cosecheros que encuestamos vivía en pueblos o ciudades: esto representaba un aumento de un 13.6% más de lo que encontró Urrea en 1975. Dado que la población urbana regional sólo había aumentado en un 5% durante el mismo periodo, esto quería decir que la cosecha estaba atrayendo a más residentes urbanos que anteriormente.

62 En nuestra encuesta hay dos grupos de trabajadores urbanos que salían a cosechar café. El más numeroso es el de los trabajadores que viven en pueblos y ciudades pero trabajan en el café todo el año, tal como lo sugieren las cifras de Hataya para Caldas. El segundo grupo es el trabajadores que durante la mayor parte del año están ocupados en el sector informal y que durante la cosecha trabajan en la municipalidad donde residen y tal vez en alguna otra municipalidad cercana. El 12.8% de los cosecheros con residencia local en 1985, tenía otro oficio el resto del año y 24% de los cosecheros migrantes trabajaba en el sector informal; la disparidad se debe a que había un 9% mayor de residentes urbanos entre los cosecheros mi-

grantes encuestados que entre los cosecheros locales.

En la zona cafetera central de Colombia, la emigración rural remonta a la década de 1950, cuando propietarios, campesinos y trabajadores trataron de escapar a la violencia asentándose en pueblos y ciudades; esto continuó en la década siguiente debido a la contracción en la demanda laboral. Hoy en día la emigración subsiste pero en forma más disminuida y por razones diferentes: la falta de viviendas rurales y la concentración de escuelas y servicios en las zonas urbanas atraen a la población rural, pero el cambio de domicilio no está necesariamente acompañado por un cambio ocupacional.

La participación de residentes "urbanos" en el sector agrícola se debe a: la dificultad para integrarse a mercados laborales urbanos, el número limitado de oportunidades de empleo en dicho sector y los salarios bajos que ofrecen. La gente joven con menos responsabilidades familiares se atreve más a explorar oportunidades no agrícolas mientras sus padres siguen saliendo diariamente a las fincas locales. Tal como lo demuestra Hataya (1992), las búsquedas no resultan necesariamente en ingresos más altos ya que las ganancias en el sector informal son iguales a las ganancias en el sector agrícola. La única estrategia que resulta es continuar cosechando café durante dos o tres meses por año y trabajar en la construcción o el comercio durante el resto del tiempo hasta que puedan encontrar empleo más seguro en el sector formal. La articulación del mercado rural-urbano se debe, pues, a que muchos de los

trabajadores rurales viven ahora en ciudades y a que muchos de los trabajadores urbanos pueden salir a flote sólo trabajando parte del tiempo en la cosecha del café, donde a destajo se pueden ganar buenos salarios.

Creo que para estudiar este proceso de articulación bien a fondo tenemos que conceptualizarlo dentro del modelo de mercados laborales localizados o fragmentados. Tenemos que tener en cuenta que los trabajadores primero buscan empleo cerca de donde residen y en ocupaciones familiares, saliendo a otras regiones sólo cuando lo necesitan. El trabajador agrícola con residencia rural busca trabajo en las fincas a su alrededor o en otras cosechas. Cuando el trabajador rural vive en pueblos o ciudades, las alternativas son más variadas y sus estrategias laborales más complejas. Cuáles son las ocupaciones que combinan y cómo lo hacen depende del tamaño de la ciudad donde viven, del desarrollo industrial de la misma y de la forma de contratación adoptada por las fábricas y las fincas locales. Es decir que el grado y tipo de articulación entre los mercados laborales rurales-urbanos varía de zona a zona y estas variaciones sólo pueden comprenderse si se analizan dentro de un marco local. Lamentablemente, los centros urbanos en los mercados laborales seleccionados para mi estudio no demuestran diferencias significativas para un estudio más a fondo sobre los factores que estructuran dicha articulación. Solo he podido esbozar algunos de los rasgos de la misma.

NOTA

Esta presentación esta basada en un estudio de campo sobre la organización laboral en dos municipalidades en la zona central cafetera en el departamento de Risaralda y una zona más marginal en la región oriental de Cundinamarca. Para la encuesta, que se realizó en el momento pico de la cosecha, se seleccionaron 52 fincas al azar pero representativas de la distribución de fincas por tamaño y grado de tecnificación. Los trabajadores fueron encuestados en las fincas lejos de la supervisión del personal permanente. En fincas chicas todo el personal fue entrevistado, mientras que en las grandes se trató de entrevistar por lo menos al 50% del personal. Un total de 500 trabajadores fueron encuestados. Esta encuesta fue suplementada con entrevistas abiertas a trabajadores residentes, campesinos productores y dueños de fincas durante la época en la que se realizan los trabajos de manutención.

La investigación pudo ser llevada a cabo gracias a una beca del National Science Foundation (BNS-8507614), la colaboración de María Errázuriz y el apoyo de los Comités locales de la Federación Nacional de Cafeteros.

REFERENCIAS

Arango, Mariano R., *Café e Industria 1850-1930*, CIE, Universidad de Antioquia. Bogotá, Carlos Valencia Edts., 1981.

- Barlett, Peggy, Profile of full-time workers in Georgia county. *Rural Sociology*: 51:78-96, 1986.
- Bardhan, Pranab K. and Ashak Rudra, "Terms and conditions of labour contracts in agriculture. Results of a survey in West Bengal". En *Oxford Bulletin of Economics and Statistics* 43:89-111, 1979.
- Bergquist, Charles, *Labor in Latin America*, Stanford, Stanford University Press, 1986.
- CEPAL/FAO, *El Café en América Latina y la Industria Cafetera Colombiana*, 1962.
- Deas, Malcom, "A Colombian coffee estate: Santa Barbara, Cundinamarca 1870-1912". En *Land and Labour in Latin America*, Kenneth Duncan and Ian Rutledge, eds. London: Cambridge University Press, 1977.
- 64 De Janvry, Alain, E. Sadoulet and L. Wilcox Young, "Land and labour in Latin American agriculture from 1950 to the 1980s". En *Journal of Peasant Studies* 16:396-424, 1989.
- Errázuriz, María, *Mercado de Trabajo y Empleo en la Caficultura*. Bogotá, Fedesarrollo, 1989.
- Fajardo, Darío, *Haciendas, Campesinos y Políticas Agrarias en Colombia, 1920-1980*, Bogotá, Oveja Negra, 1983.
- Griffith, David, *Jones's Minimal. Low Wage Labor in the United States*. New York, State University of New York Press, 1993.
- Hanson, S., "Geography and feminism. Worlds in collision?". En *Annals of the Association of American Geographers* 82:569-586, 1992.
- Hataya, Noriko, "Urban-rural linkage of the labor market in a coffee growing zone in Colombia". En *The Developing Economies* 30: 63-83, 1992.
- Horan Patrick M. and Charles M. Tolbert II, *The Organization of Work in Rural and Urban Labor Markets*. Boulder, Westview Press, 1984.
- Jiménez, Michael F., "Red Viota: Authority and rebellion in a Colombia coffee municipality". Paper presented in the Annual Meeting of the American Historical Society, 1981.
- Le Grande, Catherine, "Labor acquisition and social conflict on the Colombian frontier, 1850-1936". En *Journal of Latin American Studies* 16:27-49, 1984.
- Le Grande, Catherine, "Agrarian antecedents of the violence". En *Violence in Colombia*, Charles Bergquist, Ricardo Penaranda and Gonzalo Sánchez, eds. Wilmington, Delaware, A Scholarly Resource Inc., 1990.
- Machado, Absolón, *El Café. De la Aparcería al Capitalismo*, Bogotá, Punta de Lanza, 1977.
- Mann, Susan Archer, *Agrarian Capitalism in Theory and Practice*. Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1990.
- Newby, Howard, Colin Bell, David Rose and Peter Saunders, *Property, Power and Paternalism. Class and Control in Rural England*, Madison University Press, 1978.

- Ortiz, Sutti, "Uncertainty reducing strategies and unsteady rates: Labor contracts in coffee agriculture". En E. Cashdan ed., *Risk and Uncertainty in Economic Life*, Boulder, Westview Press, 1989.
- Ortiz, Sutti, en prensa. *Harvesting Coffee, Bargaining Wages: Labor Markets in Colombia, 1975-1990*. Ann Arbor, The University of Michigan Press.
- Palacios, Marco, *El Café en Colombia. 1850-1970*, México, El Colegio de México/El Ancora Eds., 1983.
- Parsons, James, *Antioqueño Colonization in Western Colombia*, Berkeley, University of California Press. 1968.
- Peck, Jamie, *Work Place. The Social Regulation of Labor Markets*, New York, The Guildford Press, 1996.
- Rao, J. Mohan, "Fragmented rural labour markets". En *Journal of Peasant Studies* 15:238-257, 1980.
- Sánchez, Gonzalo G., *Los "Bolcheviques" del Líbano*. Bogotá, Ediciones El Mohan, 1976.
- Urrea, Fernando, *Mercados de Trabajo y Migraciones en la Explotación Cafetera*, Bogotá, SENALDE, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social. Migraciones laborales v.9, 1976.
- Wells, Miriam J., *Strawberry Fields. Politics, Class and Work in California Agriculture*, Ithaca, Cornell University Press, 1996.